

KAFKA O LA NOVELA DEL SIGLO XX

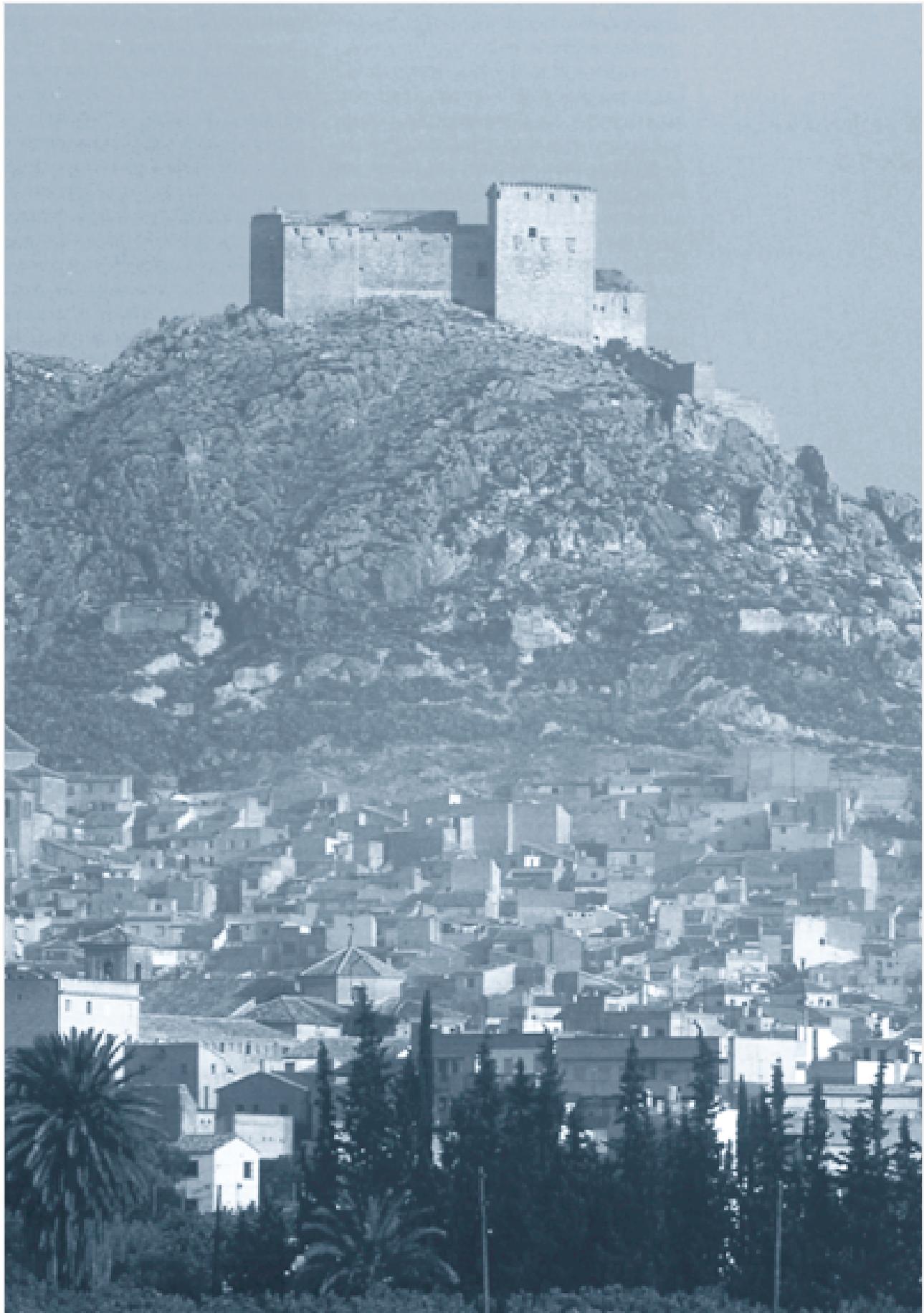
Gonzalo Larumbe Gutiérrez

Cada septiembre, con las primeras lluvias, leo *El castillo* de Kafka. Y no es sólo porque la niebla helada que preside tantas de las obras del praguense sea lo más adecuado al ambiente otoñal. Es que los interminables pasillos y la despiadada burocracia de Kafka me recuerdan la temible rutina de volver a matricularse en un nuevo curso. Ha discutido Adorno el carácter simbólico de la obra de Kafka. *En ningún momento se enciende en Kafka el aura de la idea infinita, y en ninguna parte se abre el horizonte. Cada frase vale literalmente, y cada una de ellas significa de por sí.* En Kafka, todo es tan dura y determinadamente suelto como es posible, como en las novelas de aventuras y según la máxima antepuesta por Fenimore Cooper al *Corsario Rojo*. Copio la cita: *La verdadera edad de oro de la literatura no empezará hasta que las obras se impriman como libros de bordo o cuadernos de bitácora, y hasta que su contenido no sea sustancial como un parte de guardia.* Nuestra tarea será pues ir a los signos mismos. Tratar de descifrar lo que ellos nos dicen. Leer los signos, pues, como signos, no como pretexto de una supuesta significación oculta. Marthe Robert, en su libro *Lo viejo y lo nuevo*, cita un determinado pasaje de Kafka, que me parece fundamental. Ella lo cita para refutar la exégesis teológica, aunque en mi opinión, tiene una significación más profunda y central en la obra de Kafka: *...era, sin la menor duda, un edificio terrestre –¿podemos construir otro tipo?–, pero que fijaba su meta más arriba del chato montón de esas casitas y asumía una expresión más luminosa, por encima de los días grises y el trabajo cotidiano...* Podemos comparar ese pasaje de Kafka, con otros muy parecidos del lógico alemán Gottlob Frege: *La frase de Kafka aparece en el momento en que el autor compara el Castillo con la aldea de la que partió, comparando la torre del Castillo con la torre del campanario de su aldea. Se refiere, pues, a un edificio concreto, no tiene valor metafórico.* Y, sin embargo, ¿podemos imaginar que Kafka ha atribuido esta interrogación, no tan sólo a edificios, y a construcciones arquitectónicas, sino también a la literatura, y al



lenguaje mismo? Según Marthe Robert, K. busca el Castillo, pero no porque tenga un valor intrínseco. Sino, tan sólo, para dilucidar qué es en realidad... *desde el principio, K parece comprender la verdadera razón que ha de molestarle en su búsqueda, la de que las gentes de la aldea llaman Castillo a algo que él, si se fiara de sus experiencias, nunca habría tenido la idea de llamar así.* Si no hubiera sabido que era un Castillo –dice Kafka– habría podido pensar que se trataba de una pequeña aldea.

Las cosas, desde el principio, parecen tener un nombre inadecuado. El Castillo, se denomina así, pero el objeto así designado, no parece tener la apariencia de aquello que habitualmente se señala con la palabra *Castillo*. Ha dicho Marthe Robert: *Todo el arte de Kafka, con su humor y su extrema seriedad, está basado en palabras débiles, vaciadas de sentido por el uso, pero tomadas de repente en su sentido fuerte primitivo.* Kafka hace un gran uso de locuciones como *tener un culto por alguien, adorar el poder, respetar religiosamente*, etc. Obsesión por tomar el lenguaje en su aspecto puramente denotativo. Largo empeño en dilucidar si las palabras significan algo, o no significan nada. De ahí que Kafka juegue



a representar como realidades lo que muchas veces no son sino expresiones metafóricas del lenguaje coloquial que nadie piensa tomarse en serio. Como si operara por *reductio ad absurdum*, y llevando a su extremo el realismo, pretendiera que hasta las expresiones puramente metafóricas, y los juegos metalingüísticos más desligados de la realidad, tuvieran un referente. Esta obsesión realista afecta a su mismo lenguaje, al estilo de su escritura.

En todo El Castillo encontramos apenas dos o tres pasajes llenos de imágenes (entre los cuales el relato del abrazo de K. y Frieda), algunas comparaciones poéticas (la de Klamm y del águila en la que se recrea el sueño de K.), figuras aisladas (las decisiones administrativas son púdicas como doncellas) en las cuales, después de todo, la metáfora es su propia burla.

Empeño, pues, por buscar una lengua pura, un estilo puramente denotativo. Por la misma razón que se trata de poner a prueba los absurdos del lenguaje representándolos como reales, se trata de huir de ellos. En el fondo ¿no se teme que todo el lenguaje sea una construcción vuelta sobre sí misma, y de espaldas a la realidad? *No era un viejo castillo feudal, ni un palacio de fecha reciente, sino una vasta construcción compuesta por algunos edificios y un gran número de pequeñas casas apretujadas unas contra otras, y si no hubiera sabido que era un castillo habría podido pensar que era una pequeña aldea.* Pero ¿cuál es el motivo fundamental para decir que eso es un castillo? ¿Quizá el simple hecho de llamarlo *castillo*? El agrimensor se pasa todo el libro descifrando signos que lo confunden. Marthe Robert dice: *El mundo está lleno de esas copias de la vida que, tan pronto obscuras como el retrato del pseudo-conde, y tan pronto malignas como la ilustración de sus amores, no pasan de ser una engañifa burda. En verdad, la vida misma las multiplica, pues ella también hace la función de imagen, también arregla sus motivos, agrupa sus figuras, compone sus caras, distribuye sus luces y sus reflejos con arte o con pérfidos artificios. Por lo menos, esa es la experiencia de K, quien, ausente del mundo, nunca lo ve tal como es en su desnudez, sino como cuadros ya compuestos o páginas ya escritas, un libro de imágenes en el que con gusto se hunde.*

Sobre los papeles que, esforzadamente clasifican los señores del Castillo, cuando K. tiene acceso a uno de ellos, el informe que trata sobre el propio K., se encuentra con que: *es una habladería de viejas, sin mucho valor, y con muchos adornos...* Una simple charlatanería, nada más. *Barnabé no es un mensajero oficial y su túnica es imitada. Es verdad que ha llevado dos cartas de Klamm a K., pero se trataba de cartas caducadas y nadie sabe si eran verdaderamente de Klamm.* Es decir que esas oficinas cuyo único principio jurídico es *quod non es in actis, non est in mundo* (la frase es de Adorno), no hablan en realidad del mundo. No se dedican más que a una mera charla metalingüística. El lenguaje se repliega sobre sí mismo. Los burócratas clasifican el lenguaje, dando la espalda al mundo. Como ese Poseidón de uno de los cuentos kafkianos que, perdido entre carpetas, apenas sí ve el mar. *De vez en cuando un viaje hasta Júpiter era la única interrupción de esa monotonía. De ahí que apenas hubiese visto los mares, ello ocurría tan sólo en sus fugitivas ascensiones al Olimpo y no los hubiera recorrido jamás verdaderamente.* Bucéfalo, el caballo de Alejandro, ha abandonado las acciones heroicas a que se dedicaba con su amo, y se ha reconvertido en abogado.

Kafka muestra el lenguaje desencantado. El lenguaje no dice nada del mundo, y lo que dice es una charla inocua. Los cuentos, y los mitos han dejado de hablarnos. Son mentiras, o puro ruido. Sólo habla, el mero silencio. La mudez de las cosas, tal como son, que no se dejan apresar por los mitos que las confunden o las explican. Tal como resume Pietro Citati, *El silencio de las sirenas*, uno de los más bellos cuentos de Kafka. *Cuando el Ulises de Kafka llega al mar de las sirenas, éstas no cantan... Ulises es más cauteloso aún que el Ulises de Homero: se hace encadenar al palo mayor, se llena las orejas de cera, mientras que en La Odisea, el gran experto en tentaciones y misterios había dejado sus orejas libres al canto de las sirenas. Está alegre y confía en sus medios insuficientes y pueriles... mientras que todos los viajeros habían experimentado que no servían para nada. No oye el silencio de las sirenas. Cree que cantan, e imagina que él sólo, con las orejas llenas de cera, está a salvo de oírlas.*